



### **RAFAEL MUÑOZ SERRANO (1957-2021), UN HÉROE DE NUESTRO TIEMPO**

**“(...) Enjuto, huesudo, la barba y el pelo canosos (...) tenía una de esas hermosas caras (...) que parecen hechas para ser acuñadas en medallas; los ojos, ardientes, severa la línea de la boca, la fisonomía de un sabio de los de la escuela combativa. Era uno de esos (...) que gustan de empezar su profesión con el manejo del pico y del martillo, como esos generales que se enorgullecen de haber comenzado su carrera como soldados rasos. Por ello, a la agudeza de su ingenio unía la mayor habilidad manual. Sus músculos mostraban notables síntomas de tonicidad. Verdadero hombre de acción a la vez que de pensamiento, actuaba sin esfuerzo, bajo el influjo de una fuerte vitalidad y con esa vivaz perseverancia que desafía a la adversidad. Muy instruido, muy práctico, muy mañoso para salir bien de todo apuro, tenía, en suma, un magnífico temperamento, pues a su facultad de no perder nunca el control de sí mismo, fueran cuales fuesen las circunstancias, añadía la posesión, en su más alto grado, de las tres condiciones que, combinadamente, determinan la energía humana: la actividad mental y corporal, el ímpetu de los deseos y la fuerza de voluntad. Su divisa hubiera podido ser muy bien la de Guillermo de Orange en el siglo XVII: ‘No necesito esperar para emprender, ni triunfar para perseverar’.”**

Con estas palabras describe Jules Verne, a Cyrus Smith, uno de los protagonistas de *La isla misteriosa*. La novela de Jules Verne nos presenta a un personaje extraordinario. Partidario de la causa abolicionista durante la Guerra de Secesión de EE.UU., escapa, junto con algunos compañeros de infortunio, de la prisión confederada en que ha sido encerrado (en un globo aerostático!) y llega a una lejana isla fuera de los mapas, sin una sola herramienta para enfrentarse a lo desconocido. Gracias a sus conocimientos, su capacidad organizativa y su creatividad, este héroe logra hacer fuego, cultivar la tierra, domesticar animales, moler el grano, abrir caminos, construir viviendas o fundir metales: todo lo explora, todo le sirve, todo lo inventa... igual que Rafa.

Siempre se ha dicho que los héroes de Jules Verne, sin defectos ni debilidades aparentes, se dedican en cuerpo y alma a cumplir una misión que parece imposible: llegar al centro de la tierra; hollar el Polo Norte; viajar a la Luna; dar la vuelta al mundo en ochenta días; acudir al rescate de un naufrago siguiendo las indicaciones de un mensaje semiborrado en una botella..., tareas todas que finalmente culminan con éxito, gracias a su audacia y su determinación. Cyrus Smith es un ejemplo perfecto de ese héroe verniano, capaz de transformar el mundo con su cerebro y sus manos. Lo que no sabía Verne (supongo) es que, ochenta y tres años después de escribir su novela, nacería un ser humano excepcional, tan semejante a Cyrus Smith que las palabras que utiliza para describirlo parecen corresponder en realidad a Rafa: en esto el padre de la ciencia-ficción fue también profético y visionario. Pero nuestro Cyrus Smith es de carne y hueso (y de Vallecas, que con eso está dicho todo)...

## **RAFA, UNA TAREA SIN PAREDES NI RELOJES**

Estas páginas están destinadas a glosar la vida de Rafa, poniéndola en relación con las hazañas de grandes héroes antiguos y modernos. Llevaba tiempo dándole vueltas a este argumento, que me parece que se acomoda perfectamente a la experiencia de convivir tanto tiempo y con tanta intensidad con él. No me parece un enfoque ni rebuscado ni disparatado. Los héroes no solo son responsables de hazañas míticas, recordadas de generación en generación. Sus actos formidables están cargados de un significado y de un sentido que va más allá de esos hechos y afecta a nuestra identidad o a nuestro comportamiento. Cuanto más reflexiono sobre la importancia del héroe para construirnos como seres humanos, con más fuerza me sacude la sensación real de haber vivido al lado de uno de ellos, en todos los sentidos del término, empezando por su realidad física y tangible, fuera de los poemas épicos o de las novelas de aventuras. Por eso, a lo largo de unas cuantas semanas, me he dedicado a poner por escrito las razones que justifican esta afirmación. Todos los héroes, tanto en su forma triunfante o victoriosa como en su modalidad “antiheroica” o derrotada, tienen muchos rasgos en común, pero también son muy diferentes entre sí, y de los rasgos específicos de la condición heroica de Rafa me voy a ocupar ahora. No solo por la necesidad personal de combatir la inmensa tristeza desolada que me invade por su ausencia, sino por transmitir estas reflexiones, tan llenas de profundo agradecimiento como de intensa esperanza, a otras personas. Rafa hacía y nos enseñaba a hacer a diario precisamente esto: compartir ideas, sentimientos, trabajos y sueños...

Una advertencia previa, antes de comenzar mi relato: a la hora de escribir este texto, me ha resultado muy difícil pensar y utilizar el pretérito imperfecto o el indefinido para hablar de Rafa, quizás porque aún me parece tan inconcebible como injusta, tan terrible como absurda su partida. Como estas líneas comenzaron a esbozarse antes del fatídico 15 de octubre de 2021, el presente, el pasado y el futuro conviven en un tiempo real e inmediato, y así los he mantenido en la versión definitiva de mi ensayo, porque el escenario y la duración de lo vivido con él no tiene acotaciones físicas, esas paredes que tantas veces levantó y acicaló dentro y fuera de los escenarios, porque el antes, el durante y el después forman un ciclo continuo y encadenado, porque no hay, ni mucho menos, un final definitivo o irrevocable del que dar cuenta...

### **I. EL HÉROE DE LA REBELIÓN FRENTE AL DESTINO**

Una de las cosas más admirables de la biografía de Rafa (siempre utilizo su nombre familiar, sin más formalidades) es la extraordinaria determinación con la que afrontó las circunstancias adversas que jalonaron su existencia desde la misma infancia: las tragedias, los accidentes, las enfermedades le acosaron continuamente, y en muchos momentos llegaron a poner en peligro su propia vida. Sus adversidades parecen una suma corregida y aumentada de las abrumadoras dificultades que tienen que superar para sobrevivir los héroes infantiles de Dickens. La capacidad para asimilar y revertir semejante catálogo de graves contratiempos es de por sí una hazaña formidable, al alcance de pocas personas. Rafa hizo gala de la misma capacidad para aceptar sus sinsabores biográficos que Job, el paciente héroe bíblico, pero, a diferencia de la aceptación conforme del personaje –“*Dios me lo dio, Dios me lo quitó, bendito sea el Señor*”–, su (im)paciencia, peleada metro a metro y segundo a segundo, no conoció ni la resignación ni el conformismo: “*No estoy dispuesto a que dios o el diablo o el destino, o lo que sea, me quite nada de la existencia que me pertenece, y de la que me adueño,*

*cuente lo que cuente*”, parece decirnos con cada uno de sus actos. Un Job muy poco convencional, pues, que hubiera desesperado (o admirado) al propio Yahveh. Por rematar este primer rasgo de la heroicidad de Rafa, recuerdo lo que se dice que recomendaba Ignacio de Loyola a sus compañeros jesuitas, consejo que Rafa cumplía con creces: “*Cuando emprendáis una empresa difícil, confiad en Dios, pero, en la práctica, actuad como si Dios no existiera y todo dependiese de vosotros.*” No sé si la frase es apócrifa, he citado de memoria, pero viene como anillo al dedo a la hora de definir el perfil de Rafa (y supongo que también el del “emprendedor” Ignacio)...

## II. EL HÉROE DE LA RESISTENCIA DECIDIDA

Entre todos los personajes que luchan contra la peste en la novela homónima de Albert Camus mi favorito es Joseph Grand, el antihéroe por antonomasia, o el héroe del segundo plano, como puede igualmente definirse. Este oscuro funcionario municipal de buen corazón, además de cumplir con su deber de atender a los afectados por la epidemia, escribe una novela en sus ratos libres, cuya primera frase (“*En una hermosa mañana del mes de mayo, una elegante amazona recorría, en una soberbia jaca alazana, las avenidas floridas del Bosque de Bolonia*”) es objeto de cambios continuos por su parte, en busca de la perfección absoluta, que, a su juicio, consiste en que cada palabra reproduzca exactamente en la imaginación del lector lo que está narrando. Nunca está satisfecho de sus correcciones, pero nunca se da por vencido. Esta tarea, modesta e infinita, se desarrolla en medio de la apocalíptica lucha contra la plaga librada en la ciudad. Su resistencia contra la muerte (contra el mal) está fijada en poco más de veinte palabras y sus múltiples combinaciones: una acción diminuta y reiterada, que resulta salvífica, y no solo para él, sino para el mundo que se tambalea a su alrededor. El tenaz empeño de Grand, que pudiera parecer excéntrico o irrelevante, se parece mucho a la labor cotidiana de Rafa, a su afán por el cuidado constante de lo pequeño, por ordenar el espacio vital que le y nos rodeaba, hasta que fuera significativo para todos, sin tener en cuenta las derrotas o los fracasos acumulados. Y, como Grand, Rafa también tenía su “cuaderno de bitácora”, lleno de dibujos, bocetos, medidas, teléfonos, elaborado a mano, con su habitual pulcritud...Decía Camus al final de su novela (que es, además de muchas otras cosas, un canto combatiente a la solidaridad), que “*en el hombre hay más cosas dignas de admiración que de desprecio*”, y eso que no tuvo trato directo con Rafa, como nosotros...

## III. EL HEROE DEL COMBATE SERENO

Vamos a retroceder unos siglos, hasta las murallas de la Troya sitiada por los griegos. Héctor, el héroe de los troyanos, debe combatir contra el invencible Aquiles, el campeón de los griegos, y sabe lo que le espera; pero lo hace, en defensa de la ciudad que ama, y de todos y cada uno de sus habitantes; su derrota es un triunfo, porque está llena de sentido humano. Héctor no tiene el caparazón protector del semidivino Aquiles, y asume su condición con tanta fuerza como serenidad. Con los funerales de Héctor, “domador de caballos”, termina la *Iliada*, como si Homero no tuviera ya nada más que contarnos al respecto, después de despedir al héroe más auténtico. Como Héctor, Rafa es el prototipo del “héroe sereno” (por muy rápido que se moviera o por muy resolutivo que fuera), el que combate cualquier día y en cualquier momento asumiendo la dificultad extrema de la lucha, pero sin cejar nunca en el empeño, sin un instante de desmayo o agitación, el pulso firme y la mirada adelante, con esa increíble disposición a sumergirse en la refriega y navegar a favor de obra (de la obra de todos). Los que hemos contemplado a Rafa andar /correr de un edificio al otro del instituto, aún ahora, los que nos empecinamos en seguir viéndole en ese recorrido de ida y vuelta tantas veces realizado, a veces con el paso de un bailarín, a veces con la fuerza de un atleta (Rafa también tiene las trazas de la “línea clara” de los personajes de Tintin, por la limpieza con la ), a veces le hemos imaginado (como el niño de la película *La noche de San Lorenzo*, que ha leído el libro de Homero y contempla la lucha en los trigales entre fascistas y antifascistas, como si estuviera entre troyanos y aqueos), en la planicie de Ilión, peleando confiado y sonriente a favor de los suyos, de nosotros...

#### IV. EL HÉROE DE LAS SIETE VIDAS REGALADAS

Por lo general, los héroes más conocidos (y también los menos) hablan muy poco y hacen mucho. La lista de sus hazañas es su carta de presentación, aquella que muestra su carácter, la que enseña a sus admiradores o seguidores cómo deben comportarse cuando la ocasión sea propicia. Las tareas de los héroes no son gratuitas o arbitrarias, están orientadas a una finalidad, o responden a las circunstancias en las que se ven envueltos (a veces a su pesar). La combinación de rebeldía, resistencia y capacidad combativa permite a Rafa rescatar esa vida que tantas veces estuvo en la cuerda floja. El se refería a menudo a sus “siete vidas” que, como los gatos, le hicieron sobrevivir. Estas siete vidas recobradas son, claro está, su hazaña más grandiosa y perdurable. Pero, a mi juicio, no es esto lo que convierte a Rafa en un verdadero (e irreplicable) héroe de nuestro tiempo. Las vidas obtenidas en esa pelea contra el destino, las que a base de empeño y confianza, ganó para él, no se las quedó (cosa que legítimamente podía haber hecho, bien merecido lo tenía), sino que las regaló con una generosidad absoluta, con un desprendimiento muy difícil de explicar y de expresar con palabras. Como Ulises, renuncia a la tranquilidad, al refugio seguro y eterno, abandona a Calipso y emprende un arriesgado viaje de regreso junto a los suyos. Pero, a diferencia del héroe griego, Rafa no vuelve para tomar posesión de su reino en Ítaca o para recuperar sus privilegios y su estatus, sino para entregarse y compartir su experiencia, lo que es y lo que tiene, con los demás. Estas siete vidas regaladas, son las que ahora paso a evocar, sin un orden jerárquico o sucesivo, porque todas se interrelacionan y superponen.

##### **FAMILIA: LA VIDA FUENTE Y CAUDAL**

En primer lugar, la vida más íntima, la que proviene y pertenece a su familia, de la que personas mucho más cercanas y autorizadas que yo (¿verdad, Paz, Clara, Isabel...?) pueden dar cuenta, y que tan cercana a nosotros ha estado siempre. Aquí me refiero, además, a esa sensación de estar incorporado a la “familia” de Rafa, que nos recorre a todos los que le hemos tratado. Infatigable creador de redes interpersonales, dotado de una capacidad natural para cimentar y cementar en los encuentros diarios, fueran ocasionales o sistemáticos, Rafa hacía gala de una intuición, una sensibilidad o una capacitación permanente para sentir y hacer sentir que formabas parte de su grupo, de esa “comunidad del anillo” variopinta que viajaba a su lado. Rafa nunca fue un líder en busca de adhesiones mudas o de lealtades adheridas, a su persona o a su “obra”, como tantos otros. Al contrario, ha sido siempre un hombre capaz de abrir con naturalidad múltiples canales de comunicación, de confianza y de apego, sin planes o estrategias preconcebidas. Rafa es como esas fuentes de los pueblos y de las plazas de los viejos barrios, a donde iba a por agua todo el mundo, con cántaros, cubos, barreños, botellas o botijos, y que se convertía en un lugar para el encuentro, la charla o la broma. La contribución de Rafa a la creación de esa atmósfera que ha alimentado nuestro ecosistema de convivencia es decisiva. Ulises, ya lo hemos citado, conoce las consecuencias de su elección: elige vivir con los demás, y, por lo tanto, elige ser finito, acabar. Renuncia a Calipso, la deidad inmortal, y emprende la aventura de vivir, envejecer y morir por amor. Otros, como Hércules o el mismo Aquiles prefirieron la gloria (y no parece que les fuera demasiado bien en lo que respecta a las relaciones afectivas...). Rafa encontró en su núcleo familiar más inmediato el sentido y el destino de su peripecia, la fuente de la que se nutre su despliegue de afectos, como siempre decía (y hacía).

##### **AMIGOS: LA VIDA MANO Y ABRAZO**

La segunda vida entregada está muy relacionada con la primera, y es la amistad. Con Rafa me ha pasado (y creo que nos ha pasado a todos, ¿verdad, Cristina? ¿verdad, Javier?) lo que me ocurre cuando contemplo un cuadro de Van Gogh, y me parece que vive, que “late” de alguna manera, por dos razones: la primera, porque siento que ha sido pintado hace un instante, y la tinta todavía gotea, el óleo sigue temblando en el lienzo moviéndose entre los arabescos de su superficie; la segunda, y más importante todavía, porque soy consciente de que Van Gogh ha pintado el cuadro para mí, para cada uno de los espectadores que lo contemplamos; no

importa si somos muchos o pocos, el pintor habla a cada uno de manera diferenciada y profunda, como si su interlocutor fuera siempre un yo concreto, no una colectividad difusa. Uno se siente amigo de Rafa de esta forma, y no se trata de un sentimiento o sensación de exclusividad, sino de intimidad, de una confianza sin condiciones, de sentirse en todo momento escuchado, comprendido, apoyado: “*Aquí estoy, ¿qué necesitas?*” es su “*life motiv*”, si se me permite el juego de palabras. Y todo esto, sin que medie ningún discurso “moral” o “psicológico”, sin precondiciones o letra pequeña. Por eso ha sido siempre tan fácil trabajar a su lado, por esa “convivencialidad” que inspira su presencia. Rafa era capaz de proyectar la agarradera firme de su cercanía a muchos niveles, en muchos espacios distintos y con personas muy diferentes. Cuando decimos que los amigos de Rafa son legión, que los que le quieren no caben en estas palabras, ni en el resto de las que contiene el diccionario más grande, respondemos, pues, a un hecho cierto, porque así nos hemos sentido, nos sentimos con él día a día...

### **BARRIO: LA VIDA TERRITORIO HABITABLE**

La tercera vida entregada pertenece a sus vecinos, a los habitantes del barrio en que ha vivido, testigos de su compromiso en favor de una ciudad más digna para los que la pueblan. Rafa recoge y proyecta hacia el futuro una herencia reivindicativa y liberadora, que viene de lejos, y que está llena de nombres míticos para la historia social de Madrid (el Pozo del Tío Raimundo, el padre Llanos, Entrevías, Carmen García-Nieto, el obispo Iniesta, la Celsa, la Asociación de Vecinos de Palomeras Bajas, la Comunidad de San Carlos Borromeo, la Librería Muga, el Centro Cultural Paco Rabal y otros muchos), reclamando ese “puerto de mar” para Vallecas, que cantaba Luis Pastor, “*con tu puedo y mi quiero, vamos juntos compañero*”, y de luchas vecinales que desde los años cincuenta, cambiaron la vida y el futuro de muchas personas, como se cuenta en la película *Flores de luna*, tan llena de “super-héroes (y heroínas) de barrio”. Rafa ha bebido de esa tradición de lucha a pie de calle, primero reprimida, más tarde instrumentalizada, por último olvidada por los viejos y nuevos poderes políticos municipales, pero que, gracias a su trabajo, unido al de otros como él, revive y responde a nuevos retos, como el migratorio o el educativo: durante mucho tiempo, desde el “hachazo” de los recortes de 2011, Rafa abandonó su habitual sobriedad oscura, y vistió, como una permanente declaración de principios, la camiseta verde con el eslogan “*Escuela Pública, de tod@s para tod@s*”, en cuya gestación y difusión estuvo muy presente (otro acto diminuto, una camiseta, como la novela inacabada de Grand combatiendo la peste)...

Convencido de hacer posible la utopía en el territorio que nos toca vivir, Rafa es uno de esos buscadores del horizonte utópico del que habla Eduardo Galeano, al que nunca se llega, pero que resulta imprescindible para avanzar, para ganar la batalla del sentido y la razón de los desfavorecidos. Los que han participado junto con Rafa en estas luchas, los que le han jaleado cuando aparecía en escena en los montajes teatrales que llevó a los centros de su barrio -el ya citado Paco Rabal y el Lope de Vega- pueden decir mucho más acerca de esta vida entregada en favor de los que no tienen voz. Siempre que conversábamos al respecto -otra de las artes que dominaba, la de la conversación tranquila y prolongada- sus ideas, sus opiniones, me conducían a ese humanismo popular -la honradez, la honestidad, la generosidad, la labor bien hecha o el igualitarismo - que Galdós proyectó en tantos personajes de sus obras. Creo que Rafa tenía mucho de ese héroe popular galdosiano que tanto nos emociona al leer sus obras...

### **POLÍTICA: LA VIDA HORIZONTE EN CONSTRUCCIÓN**

Entre los miles de desaparecidos durante la dictadura militar argentina, hubo un escritor, Haroldo Conti, que “recibió” a los militares que le torturaron y secuestraron, al tiempo que aterrorizaban a su pareja, narcotizaban a sus hijos (estuvieron a punto de llevarse al pequeño, de tres meses, para venderlo, pero al final prefirieron el televisor), destrozaban su casa y su biblioteca, con una frase: “*Este es mi lugar de combate y de aquí no me moveré*”, pegada a su escritorio; frase que esos infames enemigos de la vida y la democracia, dejaron intacta en la pared, ¿por qué? Porque estaba escrita en latín: “*Hic meus locus pugnare est, hinc non me*

*removebunt*” (El latín y la lucha por la libertad y la justicia, qué hermoso, ¿verdad, María Luisa?). Siempre que pienso sobre el verdadero sentido de las acciones heroicas me viene a la cabeza este hecho conmovedor, que Gabriel García Márquez desveló en 1981. Una historia muy de Rafa...

En estrecha relación con el compromiso ciudadano por su barrio, está la vida de Rafa entregada a la causa de la izquierda “de base”, que ha encarnado de una manera directa, abierta, transparente, un compromiso por y para la transformación del mundo “con los pies en la tierra”, desde el ahora y el hoy, desbrozado en la existencia cotidiana; una izquierda alejada de cualquier dogma o pretensión de verdad absoluta, atenta y crítica con el propio devenir de los partidos, movimientos sociales y sindicatos que la componen o dicen representarla. La izquierda de Rafa, desde mi punto de vista, bebe de tres fuentes “pedagógicas” combinadas: en primer lugar, la inquietud, que conduce al interrogante, a la pregunta constante que hace pensar y pone en marcha una respuesta “generadora de sentido”; en segundo lugar, la indignación, tal como la describe Paolo Freire -y que tan bien recoge la frase de un personaje de Antonio Buero Vallejo en una de sus obras más conocidas, *Las meninas*: “Solo quien es capaz de ver la belleza del mundo, es capaz de indignarse ante lo insoportable de su dolor”; en tercer lugar, la coherencia, es decir, la integración de voluntad y realidad, sin renunciar a nada y, sobre todo, sin pervertir el proyecto emancipador cuando se pretende llevar a cabo. Por eso era tan difícil, incluso para los que no pensaban como él, permanecer indiferentes a su compromiso, no dejarse arrastrar por esa capacidad “material” para vivir esas ideas en lo cotidiano: si Rafa es de izquierdas, hemos pensado muchos, hay una verdad insoslayable en esas ideas, precisamente porque es Rafa quien las encarna.

Acerca de su manera de entender este compromiso político, voy a referir un cuento protagonizado por grandes fundadores de órdenes religiosas, cuento que probablemente circuló entre dichas órdenes para burlarse las unas de las otras, de manera indiferenciada: un grupo de personas está contemplando las maravillas del Vaticano, y junto a ellas hay tres santos: Francisco de Asís, Tomás de Aquino e Ignacio de Loyola. De repente se va la luz, todo queda sumido en una profunda oscuridad: Francisco aprovecha la ocasión para cantar a la Hermana Noche; Tomás medita sobre la “noche oscura del alma”; Ignacio, en cambio, localiza el interruptor de la luz y arregla los plomos, para que se pueda seguir admirando la belleza del templo. Estoy seguro que Rafa haría esto último, pero sin intención de deslumbrar: repararía la luz, para que todos, sin excepciones, pudieran mirar, y así comprender y actuar en la dirección transformadora que decidieran, ¿o no?...

## **INSTITUTO: LA VIDA REPARADORA DE SUEÑOS**

Llegamos a la quinta vida entregada, la que se ha desarrollado en Móstoles, y en el Instituto de Educación Secundaria Clara Campoamor. Decir que Rafa, durante muchos años, ha sido el encargado del mantenimiento del instituto significa, aparentemente, que se ha ocupado de reparar los desperfectos del centro: picaportes rotos, persianas atascadas, llaves perdidas, puertas desencajadas, baños averiados, mesas pintarrajeadas, sillas sin asiento: “herramientas” de uso cotidiano, cuyo deterioro complica siempre la vida cotidiana en las aulas, los pasillos, los patios o los despachos.

El señor Dick, uno de los personajes más entrañables de la famosa obra de Charles Dickens, *David Copperfield*, causaba en los ojos infantiles del protagonista y de sus compañeros escolares el mismo efecto que Rafa en nosotros: **“Todo el mundo estaba encantado con él, a lo que contribuía su ingenio para sacar algo sorprendente de cualquier nimiedad. Sabía cortar naranjas de forma que se transformasen en cosas que nunca se nos habrían ocurrido, Sabía hacer una embarcación con cualquier objeto, de un pincho para arriba. Sabía transformar la rótula de una oveja en una pieza de ajedrez, formar una cuadriga romana con naipes viejos, hacer ruedas con rayos utilizando carretes de hilo y jaulas de pájaro con alambre. Pero quizá lo que mejor se le diese fuera todo lo que era capaz de elaborar con cuerda**

**de paja, hasta el punto de que estábamos convencidos de que podía construir cualquier cosa que se pudiera realizar con las manos”**. Parece que casi siglo y medio atrás, Dickens está describiendo esa fascinante capacidad de Rafa para crear todo con casi nada...

Con ser esta una tarea importante, describirla así es comunicar una verdad muy parcial. En primer lugar, porque Rafa ha hecho mucho más que arreglar objetos, como veremos después; en segundo lugar, porque esos arreglos tenían una cualidad especial en sus manos, muy superior a la mera reparación material. Rafa ha desarrollado, en cierto sentido, una forma de curar y cuidar el espacio educativo que habitamos con una extrema delicadeza, ocupándose tanto de las grandes reparaciones y reformas como de los mínimos detalles, y con la voluntad de educar en esa reparación a quienes la contemplaban y a menudo habían causado el estropicio: resultaban inolvidables los momentos en que Rafa entraba en medio de una clase para atender alguna urgencia, y la atención que suscitaba entre los alumnos, atención que él siempre aprovechaba para generar, de mil formas, ese hábito del cuidado. El peruano Martín de Porres, un santo de lo más simpático, además de mulato y descendiente de esclavos, retratado siempre al lado de su escoba, tenía el don de la ubicuidad, es decir, era visto trabajando en varios sitios a la vez, incluso en lugares muy distantes entre sí. Algo parecido sucede con Rafa, pero con un valor añadido: su ubicuidad era y es presentida en el centro, aunque no estuviera realmente en él, aunque no hubiera llegado o ya se hubiera ido...

En el fondo, Rafa se encargaba de reparar la nave por la que surcaban nuestros proyectos, nuestras tareas cotidianas, en buena medida practicables gracias a su industria y a su ingenio. Como Andrés en el huerto; Marga y Cuca en Clamor; María José en el coro; o Alejandro y Nati, en el Departamento de Geología y Biología; María Luisa, en la revista-anuario del centro; Isabel, Corina, Nuria y el resto del equipo directivo, entre tantas otras pequeñas y grandes experiencias de vida que hacían respirar la nave, y que fueron recorridas una y otra vez por el incesante deambular constructor y reparador de Rafa. Durante mucho tiempo (¡qué años inolvidables!) el instituto ha disfrutado de la conjunción (¿astral?) de una serie de personas excepcionales, trabajadores docentes y no docentes, cuya labor, probablemente, ha contribuido a dotar al Clara de una fisonomía peculiar. La contribución de Rafa a este “aroma de existencia”, como diría Vicente Aleixandre, ha sido decisiva, obviamente. Su trabajo no solo ha hecho funcionar el centro, sino que lo ha hecho latir de una manera intensa y profunda, un verdadero “reparador de sueños”, como canta Silvio Rodríguez. Como Sancho Panza hace cada vez que Don Quijote recibe algún golpe en el ejercicio de su locura de caballero andante (y a menudo los golpes son compartidos), Rafa nos ha repuesto de más de un desatino, ha lavado heridas, ha curado desánimos, sin reproches (y sin bálsamos de Fierabrás), y sin más interés que hacer posible la siguiente (locura). A fin de cuentas, Sancho se ocupa de su señor porque espera de él que le conceda una ínsula que gobernar y de la que beneficiarse: la ínsula que Rafa perseguía era la jornada de cada día en el Clara, y de ella fue el mejor gobernador...

## **ALUMNADO “DIFÍCIL”: LA VIDA BRECHA EN EL MURO**

Mención aparte (otra nueva vida entregada) es la relación de Rafa con los alumnos, con todos en su conjunto, pero con ciertos alumnos en particular, aquellos que llamamos “conflictivos” o “disruptivos”, a menudo insoportables o inabordables con nuestros recursos convencionales. Sin embargo, cuando esos supuestos y temidos “bárbaros” caían en sus manos, se volvían entusiastas, participativos, cómplices en unas tareas que hubieran rechazado con desprecio de haber venido de otro que no fuera Rafa. A sus ojos, ese “hermano mayor” del barrio, ese “jefe” curtido en mil batallas, ese educador nato, sabía “leer” su mirada (de nuevo, la pregunta imprescindible: ¿qué necesitas?), sabía encontrar las raíces de sus problemas y, sin preguntas paternalistas, fórmulas magistrales o recetas mágicas, les ofrecía una posibilidad, un amarre “aquí y ahora”, para que ninguno se perdiera, para que a su alrededor no hubiera naufragos tragados por las olas. Como en el caso de las reparaciones de la nave a que hemos aludido en la vida anterior, no se trataba de una mera terapia

ocupacional, de una sanción cumplida de manera más o menos activa, incluso “lúdica”; había siempre mucho más: su interacción con estos chicos, que le vitoreaban y le reconocían como su “héroe”, aunque no utilizaran esa palabra; fueron ellos los que de una manera más intuitiva supieron descubrir todo lo que aquí está siendo escrito sobre Rafa. Esta experiencia, que compensa (quizá poco, para todo lo que ha merecido) su vocación y preparación docente, muestra la medida real de la capacidad educadora que transpiraba Rafa, de su compromiso en favor de los otros, los más débiles; en realidad, los más necesitados de aprender de otra manera (de la vida, de la realidad, de ellos mismos, de la necesidad de los límites, del valor del orden y la disciplina); alumnos “malos”, sin embargo recuperables para el instituto y con el instituto, gracias a Rafa.

En estos tiempos inciertos, en los que los centros educativos están cambiando a marchas forzadas de perfiles y de tareas, en que tienen que abordar nuevos desafíos humanos -los tecnológicos no cuentan tanto, aunque lo parezca- haber contado con Rafa ha sido no solo un golpe de suerte, sino una garantía de supervivencia diaria, de confianza en que otra educación es posible, sin formularios cuantificables, sin porcentajes comparativos, sin informes institucionales. La labor de Rafa ha sido un poderoso medio de educación no formal, que (al igual que los alumnos con necesidades educativas especiales, a los que Rafa ha atendido de manera “oficial” o “formal” cuando ha tenido oportunidad de hacerlo, y sus programas específicos de aprendizaje integrador), ofrecen un modelo de trabajo (al que hay que añadir los alumnos de familias migrantes, o alumnos de diversas identidades antes perseguidas o silenciadas), en el que el Clara ha trabajado siempre, como una seña de identidad que ha marcado el rumbo, y permanece inscrito en su hoja de ruta, aunque sin la presencia de Rafa nunca volverá a ser igual, porque este trabajo educativo con los alumnos pertenece a su vida entregada, y por lo tanto es intransferible: una inmensa suerte para los que lo han experimentado, un privilegio para los que hemos sido testigos y compañeros de esas acciones educativas tan complicadas como imprescindibles.

## **TEATRO: LA VIDA EN ESCENA**

He dejado para el final la mención a esta vida entregada, que hace la número siete, y no porque sea la más importante (las siete vidas de Rafa son vasos comunicantes que se mezclan y combinan permanentemente), sino porque es la que me concierne más directamente. El papel de Rafa en la gestación, el desarrollo y la expansión del teatro en el instituto (del teatro y de un amplio abanico de actividades extraescolares, desde las macro-comidas de los intercambios con Francia, Inglaterra, Alemania o Italia, hasta las graduaciones de las distintas promociones de alumnos de 2º de Bachillerato y 4º de ESO del instituto, donde incluso cantaba sus canciones favoritas ¿verdad, Paco?), ha sido decisivo, insustituible, de un valor y una calidad excepcionales (decir que siempre lo hizo sin percibir por ello la mínima remuneración o compensación horaria, como todos los que nos embarcamos en esas maravillosas locuras, puede que no esté de más, aunque este “don de la gratuidad” es una nota a pie de página si lo comparamos con todo lo demás). Merece la pena que enumeremos ese formidable despliegue de tareas desarrollado por Rafa en esta vida entregada al teatro:

- Junto con su inseparable Cristina (Flames), ha estado a cargo de la realización de los decorados, que han convertido a Clamor en uno de los grupos teatrales escolares de referencia no solo en Móstoles, sino también en la Comunidad de Madrid.
- Ha sido responsable de las escenografías y actor en el Teatro de los Viernes, desde el primer montaje, *Antígona*, de Jean Anouilh, que estrenamos en 2005, hasta *Oberón y punto*, en 2019, que sirvió de despedida al grupo, y cuya última función tuvo lugar precisamente en el Centro Cultural Paco Rabal, de su querido Entrevías.
- Ha cooperado en el montaje de las diversas muestras de teatro de los institutos de Móstoles, especialmente en los cursos en los que el instituto coordinaba las reuniones

y organizaba el calendario y las exposiciones de los carteles anunciadores en los centros culturales y bibliotecas del ayuntamiento. Que el Clara tenga la colección completa de los carteles de las distintas muestras, desde el curso 1991-1992 se debe a él.

- Ha sido integrante de la sección más veterana del mencionado Teatro de los Viernes, había iniciado con ellos (¿verdad, Ana, Agustín, Paloma, Esther?) un nuevo proyecto, con el propósito de seguir preparando montajes en años sucesivos, y que se interrumpió de manera abrupta y trágica en marzo de 2020, a causa de la pandemia;
- Ha sido responsable, igualmente, de hacer posible, a veces haciendo verdaderos encajes de bolillos, todas las representaciones realizadas por el instituto en los centros culturales Lope de Vega y Paco Rabal, ya citados.

Es muy difícil resumir las tareas que Rafa ha realizado para dar forma escénica a los distintos proyectos teatrales que los creadores y directores (¿verdad, Marga, Cuca, Jonathan, Sagra, Álex, Rocío?... o yo mismo) hemos ido construyendo y montando para la escena, desde aquel legendario *El zapato de cristal (Buscando a Cenicienta)*, que nos unió y nos cohesionó en torno al teatro como medio de expresión artística y humana, en el curso 2003-2004: la representación, interrumpida por los acontecimientos vividos en los días que estábamos ensayando (los atentados en los trenes de Atocha del 11 de marzo de 2004), y el *Puede hacerse*, de Angelo Branduardi, cantado a coro, una canción que parece hecha por y para Rafa: **“Puede hacerse, puede hacerse, discutir o comprenderse. Puede hacerse, puede hacerse, correr o detenerse, descansar o fatigarse, gritar o dominarse, rebelarse, conformarse, velar y desvelarse. Puede hacerse, puede hacerse, luchar o comprenderse, insistir, abandonarse, dormir y despertarse. Puede hacerse, puede hacerse, luchar o comprenderse, caminar por otros lares, navegar los siete mares.(...)”**

A este respecto, quiero destacar su más que encomiable capacidad para interpretar, con sentido común, elegancia y buen gusto las veleidosas propuestas imposibles que un “director teatral” como yo, con quien quien ha trabajado codo con codo veinte años, le hacía a menudo; disparates en buena medida surgidos al calor de la sensación de seguridad activa y constructiva que transmitía siempre, a cómo resolvía imprevistos y dificultades, sin atender, repito, a horarios o a prioridades mucho más acordes con sus deberes profesionales formales: al final todo se resolvía, a costa de su tiempo libre, que liberaba para liberarnos.

Termino este apartado, como los títulos de crédito de las películas, mencionando los papeles que, como actor, tuvo en las obras que montamos y que, a pesar de que siempre pedía intervenciones pequeñas y fáciles, argumentando su falta de tiempo para memorizar textos largos, las afrontó como verdaderos desafíos y las llevó a término de manera más que digna siempre: su peripecia escénica (“*no hay papeles pequeños, solo hay artistas pequeños*”, decía Stanislavski) recorrió guardias, soldados y policías en *Antígona*, *Las troyanas* o *El amor al prójimo*; nobles aguafiestas o aristócratas benévolos, en *El sueño de una noche de verano* y *El avaro*; de dioses, en las *Metamorfosis*, a barberos, en *La persona buena de Sezuán*; nómada sin hogar en *El manzano* o alcalde corrupto en *El viaje de Pedro el afortunado*; y sus dos creaciones más memorables: el sórdido Kimuro, de *Vivir*, donde, además, bailaba y cantaba un tango, *Las reglas del juego*, con el señor Watanabe; y el viejo maestro ilustrado Don Martín, de *Doña Rosita la soltera*, una proyección diáfana de su vida y sus ideas... Por fin, en *Oberón y punto*, pudo representarse a sí mismo: “*Rafa, ponnos algo bonito*”, le decía el personaje protagonista, mientras preparaba una peculiar versión escénica de *El sueño de una noche de verano (El sueño, una vez más...)*, sintetizando lo que siempre ha hecho Rafa en el teatro: regalar belleza a espuestas, dotar de ese profundo humanismo solidario del que hemos hablado a todos los actos de su vida teatral. Ninguno de nuestros montajes ha dejado de respirar intensamente esa presencia de Rafa, y así se han convertido en inolvidables.

... /// ...

Lo más importante de todas estas vidas entregadas, lo más “espectacular”, por decirlo de alguna manera, es que Rafa ha sido capaz de vivirlas de forma simultánea, en un extraordinario equilibrio magistral. La mítica hazaña de Sansón, acabar con mil filisteos con una quijada de asno, fue también una cuestión estratégica: según dicen, se colocó en un desfiladero estrecho, de forma que libró el combate uno contra uno, aunque fuera fatigoso, con paciencia y fuerza, lo consiguió; de igual manera, Hércules llevó a cabo sus doce trabajos (entre monstruos que había que matar, animales poderosos o escurridizos que capturar vivos y robos de bienes muy apreciados,) de manera sucesiva. Rafa peleó todo de forma simultánea, de la mano de sus siete vidas, y sus trabajos y sus victorias han sido igualmente de nosotros y para nosotros.

## V. EL HÉROE DE LA BONDAD EN ACCIÓN

Se han dedicado miles de páginas a intentar desvelar el misterio del mal, cuyas expresiones producen tanta repulsión como atractivo. Se afirma (de forma casi admirativa) su complejidad, su dinamismo, su seducción. Los personajes malvados pueblan no solo los libros o las películas, sino la realidad política, económica o social, los medios de comunicación: y cómo se les escucha, entre el escándalo y la fascinación; y cómo se atienden sus demandas, se adoran sus opiniones, se tiene en cuenta su supuesta “grandeza”, su “capacidad” o su “lucidez” para revelar el lado oscuro de la existencia, el único que, al parecer, merece la pena considerar. En cambio, parece que el bien no tiene nada interesante que ofrecernos: un espacio inerte, medido por una música celestial, eternamente luminoso y bonito, lleno de una sonriente quietud (y también de un singular aburrimiento). Y llega Rafa, y demuestra segundo a segundo, palpablemente, que el bien es un más que atractivo valor si se pone en acción: extraordinariamente diverso, multifacético, inagotable, agitado, conmovente, muy alejado del reposo bienpensante o de la zona vip de confort. Su apuesta de vida buena no deja indiferente a nadie, y resulta tan seductora por su autenticidad, por ese perfecto anclaje del hacer como se piensa, el pensar como se vive, y el vivir como se hace. Llegar a descubrir cómo Rafa ha sido capaz de construir y expresar con esa intensidad el profundo misterio de su bondad absoluta, de responder así no solo al mal genérico en el mundo, sino a los furibundos ataques del mal en su propia persona, es una tarea interpelante, cuyo desvelamiento nos acompañará siempre...

## RAFA, NUESTRO HÉROE (Y EL DE TODOS)

Pudiera parecer que todo lo dicho hasta aquí pertenece a un personaje de leyenda, a un santo laico (y Rafa también es todo eso), pero me siento muy lejos de estar elaborando su hagiografía: ni él lo consentiría, ni yo lo intentaría nunca. Me he limitado a describir e interpretar el conjunto de aprendizajes que Rafa nos ha entregado como legado. Su estancia junto a mí, junto a nosotros, no solo nos ha hecho mejores (porque, además, Rafa tenía la capacidad de sacar lo mejor de nosotros), sino que nos ha transformado, individual y colectivamente. Como los alumnos que le han conocido, y que, cuando salen del centro, a la hora de diagnosticar la calidad de las experiencias que van a vivir, preguntan “¿Quién es el *rafa* de este grupo?” (¿verdad, Carmen?), y Rafa pasa de ser un nombre propio a una categoría humana, a un valor necesario, que es demandado por quienes lo han visto encarnado en su presencia y su acción. Esto dice mucho de su herencia desprendida de sí y sembrada entre todos los que hemos vivido estos años a su lado...

En definitiva, Rafa, “el de los pies ligeros”, casi tan indestructible como Aquiles, no desentonaría, ya lo hemos visto, en medio de tantos héroes como los citados. Aunque a diferencia de aquellos, tan autoconscientes de sí mismos, y de su grandeza exclusiva, la vida heroica de Rafa nos incluye a todos, nos convierte en protagonistas de su aventura, nos lleva más allá y más lejos (viento y vela, timón y remo) y así espero y deseo que sigamos navegando, como él nos ha enseñado y nos sigue enseñando, sin hacer demasiado caso al supuesto destino escrito en las estrellas, disfrutando agradecidos (y de qué manera) de la travesía común, tan fascinante, tan hermosa, tan viva...

**PEDRO SÁEZ ORTEGA**

